

ardor por vuestro querido enfermo. Si no obtenéis un milagro de curación, seguramente obtendréis para él y para vosotros mismos la gracia de llevar dignamente la cruz del sufrimiento; y, si debe morir, la gracia suprema de una buena y santa muerte.

¿Habéis perdido lo que hacía el goce, la delicia de vuestra vida, vuestro marido, vuestra esposa, vuestro hijo, vuestra madre, vuestro padre, vuestro amigo de corazón? Id, id, pues, pronto, como Marta y Magdalena fueron, así que murió Lázaro, á los piés del divino Consolador, á los piés de Jesús. Sólo Él tiene el secreto de hacer dulces las lágrimas más amargas. Él es la «Resurrección y la vida,» y os hará comprender cómo para los que esperan y aman, la muerte no es más que una separación momentánea, después de la cual hemos de volver á reunirnos para siempre. San Bernardo, al saber que el último miembro de su más íntima familia acababa de morir, fué á arrojarle á los piés del Santísimo Sacramento, y con el rostro bañado de lágrimas, mirando con amor al Tabernáculo, se le oyó repetir estas palabras: «¡Oh Señor Jesús! ¡Ahora sois Vos quién haréis las veces de padre y de madre, de hermano y de hermana! Vos seréis todo para mí.»

Ricos y poderosos, id á Jesús para aprender á sus piés á ser humildes y muy caritativos con los pobres. Pobres, id á ofrecerle vuestras privaciones, id á santificarlas, á suavizarlas. ¿No es el Padre y el Amigo de los pobres? Pecadores, id á pedirle pordón; pre-

paraos á hacer una confesión llena de sinceridad y de arrepentimiento.

Quien quiera que seais, id, id á Jesús que es el Refugio de todos, el principio de toda la verdadera alegría, y la suave luz de todas las conciencias.

Sí, no nos cansaremos de decirlo y repetirlo: la visita al Santísimo Sacramento es una fuente inagotable de gracias para uno mismo y para los demás: allí sobre todo, á los piés de Jesús, se obtiene perdón y misericordia: allí se recobra la paz del corazón, la alegría pura y perfecta, se encuentra al fiel Consolador, al Amigo que no engaña nunca, y que basta Él solo para satisfacer sobradamente todas nuestras aspiraciones á la felicidad.

Haz, lector querido, la experiencia en tí mismo y verás.

## V

Humilde súplica á los catequistas, á los confesores  
y á todos los buenos párrocos

En nombre y por amor de nuestro Señor Jesucristo, por el consuelo de su sagrado Corazón, por la gloria de su Sacramento adorable y tan poco adorado, por el amor de las almas que están confiadas á su solitud paternal, por la resurrección religiosa de nuestras parroquias; en fin, por su misma santificación,

ruego y suplico á mis venerados hermanos los sacerdotes de Jesucristo, que tomen á su cuidado esta importante causa de la adoración del Santísimo Sacramento.

Para conseguirlo, hé aquí lo que me parece convendría hacer:

1º Antes de todo sería necesario dar con más amplitud el ejemplo á los fieles. El sacerdote es de derecho y debe ser de hecho *el modelo, el ejemplar de su rebaño*, según la expresión del apóstol San Pablo. Debe predicar con el ejemplo al mismo tiempo que con la palabra. Si quiere que los fieles tomen la costumbre de visitar á nuestro Señor, es de absoluta necesidad que, cual valiente capitán, vaya á su cabeza, y que el pastor muestre el camino á sus ovejas.

Cuando el venerable Cura de Ars entró en su humilde parroquia, la iglesia estaba solitaria como en otras partes. Conoció esta falta tan grande, y fué el primero en ponerse á adorar; á pasar horas enteras á los piés del divino Salvador. Poco á poco su ejemplo y sus oraciones fueron atrayendo las almas, y su desierto volvió á florecer.

¡Es tan imponente, tan conmovedor ver á un sacerdote en adoración! ..... Una buena mujer del campo lo decía un día en la rusticidad de su lenguaje: salía de la Iglesia y dejaba á su párroco al pié del Tabernáculo: «Dios mío, Dios mío, decía juntando las manos, ¡qué cosa tan edificante es ver á un sacerdote orando de esta manera!»

Demos, pues, con mucha constancia el ejemplo de la visita al Santísimo Sacramento y el de una adoración frecuente; que se nos vea á menudo y piadosamente á los piés del Dueño de nuestros corazones; suplamos con nuestra presencia, lo mejor que podamos, la soledad de nuestra iglesia, el abandono de nuestro Tabernáculo, y tendremos una fuerza inconcebible para atraer allá á las gentes.

Sé que la mayor parte de los sacerdotes no dejan de cumplir con este deber; pero quizás no lo hacen todavía suficientemente, ora por ellos mismos, ora por los demás.

He visto iglesias en las cuales Nuestro Señor estaba todo el día absolutamente solo, ¡y sin embargo, no les separaba del atrio de ellas más que una pequeña calle!.....

2º Los catequistas no insisten lo necesario en esta materia para instruir á los niños. No olviden que la educación religiosa del niño empieza á los seis ó siete años. Mientras no asiste á la doctrina, es la madre, es la familia, la encargada de enseñarle buenas costumbres. Pero desde el día que empieza á asistir á la doctrina (que debería ser desde que tiene uso de razón, es decir, á los siete años y medio, ó antes), es al catequista á quien incumbe el cuidado, ó, por mejor decir, el deber de formar poco á poco su tierno corazón en la piedad, á la vez que abrir su naciente inteligencia á las luces de la fe.

Imposible sería decir la inmensa trascendencia que

podría tener, sobre toda la vida de un niño, la fidelidad del sacerdote que le recordara á menudo que el Niño Jesús está presente en el Tabernáculo, y que los que son buenos niños deben procurar ir allí á adorarle y ofrecerle sus corazones, bien sea cuando por la mañana se dirigen á la escuela, ó al volver de ella por la tarde para sus casas. Y con tal motivo habría ocasión para dar mil consejos prácticos á estas almas enteramente nuevas sobre la manera de estar con compostura en la iglesia, sobre el modo de orar y hacer que sean piadosos.

Si esto se hiciera, ¡cuántos pecados se evitarían á los pobres niños! ¡cuántas almas tiernas se conservarían en la flor de su inocencia! ¡cuántos gérmenes de vocaciones, ora eclesiásticas, ora religiosas, podrían nacer bajo la mirada del Dios de los niños! ¡Y cuán mejor preparadas se hallarían estas almas queridas para recibir la gracia inapreciable de la Confirmación y de la primera Comunión!

Mas ¡ay! ¿dónde están los catequistas bastante celosos, bastante fervientes, para aplicarse de una manera seguida en estos detalles tan pequeños en apariencia, tan grandes en realidad?

3º Por último, ¿no podrían los confesores prescribir con suma utilidad, como penitencia sacramental, y también como dirección espiritual á todos los fieles que á ellos se dirigen; la exactitud en hacer todos los días, tanto como sea posible, una pequeña visita al Santísimo Sacramento?

Y lo que digo con respecto á los catequistas y confesores, se entiende igualmente de todos los buenos Curas que, en sus púlpitos y predicaciones, no insisten quizás bastante sobre este punto de tanta importancia y tan descuidado.....

En el sagrado Corazón de Jesús, realmente presente en la Eucaristía, deposito esta triple súplica que me atrevo á dirigir á los padres de las almas. Que este divino Corazón haga inflamar su celo y su amor en los corazones de todos sus sacerdotes, y por ellos los corazones de todos los fieles.

## VI

Que en nuestros días más que nunca debemos ir á orar  
á los piés del Santísimo Sacramento

Los tiempos en que vivimos son difíciles; nadie puede disimularlo. Las locuras revolucionarias que se van extendiendo cada vez más, quebrantan la fe por todas partes; hacen cometer ¡qué dolor! una inmensa multitud de pecados, y ultrajan á cada instante el amor de Jesucristo. ¡Qué de blasfemias abominables en los periódicos! ¡Qué de crímenes públicos por parte de los Gobiernos! ¡Qué de conspiraciones contra el reino de Jesucristo sobre la tierra, contra la Santa Sede y el Papado, contra el clero, contra las Ordenes religiosas, contra los mejores siervos de Dios!

Y especialmente ¡cuántos pecados de todo género, cuántos horrores contra la Sagrada Eucaristía! ¡Cuántos sacrilegios, cuántos crímenes en las tenebrosas asambleas de las sociedades secretas, de la francmasonería, de la Internacional! Se sabe que en estas reuniones infernales traen Hostias consagradas, y que después de haber arrojado el Crucifijo y escupido encima, hieren con un puñal ¡qué horror! al Santísimo Sacramento..... y se entregan á todo lo que es capaz de inspirar la rabia de la impiedad.

¿Quién estará allí para hacer un acto de reparación á este Dios tan bueno y tan indignamente ofendido? ¿quién consolará al divino Salvador en el silencio de sus tabernáculos? ¿Quién? Nosotros si somos cristianos verdaderos y si tenemos un poco de corazón y de fe. ¿Cuál es el cristiano que á la vista de tantos pecados cometidos contra Jesucristo, tenga valor para dejarle allí solo, sin tratar de reparar todos estos crímenes públicos y privados, sin tratar de compensarlos con alguna adoración, sin tratar de consolar con un poco de amor el Corazón tan bueno, tan amante de Nuestro Señor?

Sí, á los piés del Santísimo Sacramento es donde todo eso debe hacerse, puesto que el Santísimo Sacramento es el mismo Jesucristo presente por nosotros acá en la tierra. ¿No es Él nuestro mayor amigo, el amigo por excelencia, que nunca abandona, que jamás rechaza?

Sí, Jesucristo es nuestro amigo, nuestro amigo u

trajado de mil modos, insultado, burlado, desconocido y olvidado. ¿Y no pensaremos ir, siquiera algunos momentos, á sus piés para adorarle en nombre de todos los que no le adoran, para pedirle perdón en nombre de los que le ultrajan, para protestarle nuestro amor en nombre de todas las criaturas que insolentemente le cierran sus corazones?

¿Qué pensaríais, decidme, de un amigo que en el momento en que fuérais abandonado de todo el mundo, en el momento que fuérais calumniado, vilipendiado, maltratado sin ningún motivo, os dejara allí, sin tomarse siquiera el trabajo de haceros una pequeña visita de pésame y de manifestaros alguna simpatía? Y ved aquí, sin embargo, cómo es tratado nuestro Señor Jesucristo diariamente en el Santísimo Sacramento por estos miles de cristianos tibios y sin corazón, que le dejan solo en las iglesias en los días en que le sería de grande satisfacción verles á sus piés.

¡Qué de misericordias no se obtendrían entonces para nuestra pobre patria tan culpable!

El verdadero lugar para que Dios nos oiga, el verdadero lugar para que Dios atienda las súplicas que le hagamos por la conversión de nuestra nación es, no lo dudéis, el trono de gracia donde reposa, donde manan el perdón y la reconciliación; es el altar, el Tabernáculo.

- Bajo todos los puntos de vista que se mire, tanto para nosotros como para los demás, para nuestra sal-

vación como para la iglesia perseguida, para la salvación de la sociedad, próxima á derrumbarse bajo los golpes incesantes de la Revolución, es indispensable que para evitar todas estas cosas, vayamos lo más á menudo posible á orar al pié del Santísimo Sacramento.

¡Quién sabe si esta ferviente súplica que vais á hacer á los piés de Jesús en vuestra pobre iglesia, si este *Miserere*, si este Rosario que vais á rezar allí de rodillas en expiación, en reparación de honor y de amor, es precisamente la gota de agua que el Señor aguarda para hacer rebosar al fin la copa de su misericordia sobre vosotros, sobre vuestras familias, sobre la patria, sobre la Iglesia, sobre el Papa, sobre tal ó cual persona cuya salvación deseais con ansia!

Sólo en el cielo veremos, con un transporte de alegría inexplicable, todas las maravillas de gracia que, sin pensarlo, hayamos obtenido al pié del Santísimo Sacramento del altar.

## VII

### Algunos consejos prácticos tocante á la adoración del Santísimo Sacramento

En primer lugar y antes de todo, tratad de hacer vuestra visita á Dios con mucha regularidad, y siempre que sea posible á una misma hora. Nada hay tan

bueno como la regularidad para hacer bien las cosas, y sobre todo para no faltar á ellas. Así, por la mañana, al ir á mis ocupaciones, entraré algunos instantes en la iglesia para recogerme y fortalecer mi alma á los piés de Nuestro Señor; ó bien en otro momento del día de que pueda disponer con más comodidad; ó sino por la noche al volver á mi casa. Si por casualidad encuentro la puerta cerrada, haré mi pequeña adoración arrodillado sobre el umbral de la puerta, ó detrás del coro, en el sitio que esté más cerca del Santísimo Sacramento.

En segundo lugar, si tenéis tiempo para ello, id por la mañana á Misa; es la mejor visita al Santísimo Sacramento; es la más santa, la más perfecta de las adoraciones. Para las personas sólidamente piadosas, la Misa, cuando es posible, debe ser lo primero de todo. Es el acto Eucarístico por excelencia.

En tercer lugar, haced *bien y muy bien* vuestra adoración. No es menester que sea larga, pero sí que esté bien hecha. «Señor, decía un día un excelente estudiante á uno de sus profesores durante la recreación, ¿me permitís que vaya á hacer mi visita al Santísimo Sacramento? — Sí, hijo mío, respondió el buen sacerdote, pero con una condición. — ¿Cuál, señor? — Que la visita sea *ferviente y corta*.»

Hé aquí una regla de oro. «Que sea ferviente,» es decir, que se vaya de corazón á estar allí con Dios, no á la fuerza sino por amor. «Que sea corta,» es decir, que no se vaya allí para abatirse y dormirse á los

piés de Jesús, y que no se imagine uno que en eso la cantidad puede suplir á la calidad.

Lo que principalmente quiere Jesús de nosotros es amor, fe viva y un amor verdadero; eso es lo que le consuela siempre que nos vé á sus piés. «¡Oh mi querida hija! dijo un día el Salvador á la venerable Ana María Taigi, qué pocos corazones hay que me consuelen y alegren cuando se presentan delante de Mí! A veces apenas si encuentro en grandes concursos de gente dos ó tres personas que me adoren y amen de una manera formal.»

En cuarto lugar, emplead en vuestra visita para adorar mejor á Dios el método que más os guste; seguramente que para vosotros será el más á propósito. El que conviene á éste, no conviene á aquel. Los unos quieren más recitar oraciones que ellos dicen; otros prefieren leer y pensar detenidamente algún pasaje de la *Imitación de Cristo* ó del Evangelio, ó de algún otro libro manual.

Otros prefieren servirse de algunas breves oraciones jaculatorias, ó devociones del corazón por el estilo de estas: «Dios mío, os amo y os adoro con todo mi corazón. — ¡Oh Jesús! Vos estais ahí, y aquí me tenéis á vuestros piés. — Jesús, Dios mío, tened piedad de mí; bendecidme.» Y otras semejantes. Los que en esta clase de oraciones saquen más provecho no deben variar de método.

Otros, en fin, prefieren más recogerse tranquila-

mente, sin buscar muchas palabras, en presencia y á los piés del amorosísimo Jesús.

Este era el método que empleaba aquel buen campesino de que se habla en la vida del santo Cura de Ars. Había éste notado que casi todas las mañanas, dejando el buen hombre sus herramientas á la puerta de la iglesia, entraba dentro antes de ir al trabajo, y estaba bastante tiempo, ora de rodillas, ora sentado, sin libro, sin rosario, y con los ojos fijos en el Tabernáculo. Un día se aproxima á él y le dice con bondad: «Amigo mío, ¿qué hacéis ahí? ¿cómo orais? Jamás os veo ni con libro ni con rosario en la mano. — Le miro, contestó con gravedad el campesino mostrando el Tabernáculo; le miro y Él me mira.» ¡Oh qué método tan bello de adoración! ¡qué excelente visita al Dios de amor!

En quinto lugar, estad todo lo recogidos que os sea posible en presencia de vuestro Dios, como si estuvierais sólo con Él, y sin ocuparos de lo que pasa á derecha é izquierda. No olvidéis nunca que estais allí por Jesucristo y no por otro. Si os vienen distracciones, rechazadlas tranquilamente y decidles: «Ahora no, luego, cuando esté fuera.»<sup>1</sup>

<sup>1</sup> He publicado también bajo el título *Reclinatorio* un librito destinado á facilitar á los buenos la práctica de la adoración al Santísimo Sacramento. Si os viene á las manos, podréis sacar un buen partido de él.

Daremos el último consejo respecto á la visita del Santísimo Sacramento.

Tratad de procuraros un libro de oro que expresamente compuso San Alfonso Ligorio para este fin, y que se titula: *Visitas al Santísimo Sacramento*. Servíos de él; encontraréis cosas tan excelentes como admirables, y ganaréis mucho en la escuela de este gran Santo. Lo que dice viene bien á todo el mundo; á los ancianos, á los jóvenes, á los sabios, á los pobres, á todos.—*La Imitación de Jesucristo* puede servir también maravillosamente para la adoración.

Me diréis quizás: «Lo mejor sería para mí seguir esos consejos é ir y hacer mi visita; pero eso me es imposible, porque la iglesia está muy lejos y no soy dueño del tiempo, ó, por mejor decir, no puedo disponer de él.»—Sea enhorabuena; á lo imposible nadie está obligado. Pero lo que no es posible hacer diariamente, ¿no podríais hacerlo de cuando en cuando? Además, ¿quién os impedirá adorar al Santísimo Sacramento, aunque sea de lejos, sin salir de vuestra habitación? Elegid un momento en el día, volveos en dirección á la iglesia; y acordándoos de que Jesús lo ve todo, lo oye todo, y tiene cuenta de la buena voluntad, adoradle como si estuviera delante de vosotros, enviándole vuestro corazón con sus homenajes, sus oraciones, sus reparaciones y los buenos ardores de su amor. Esta adoración, aunque lejana santificará notablemente vuestro día, y la Eucaristía, como

un sol de amor, extenderá hasta vosotros sus divinos rayos.

Lo mismo diré con respecto á los buenos fieles que tienen la desgracia de vivir en países sin fe y sin religión, en donde, como medida de precaución y de prudencia, se ven obligados los pobres sacerdotes á tener cerradas sus iglesias fuera de las horas de los Oficios.

## VIII

**Que no basta adorar á nuestro Señor en el Santísimo Sacramento, sino que además es preciso recibirle**

Terminaré estas pocas páginas con una importantísima consideración que los preocupados jansenistas han obscurecido entre un número bastante grande de católicos. Rezan de buena gana; sin mucha dificultad van á Misa, á los Oficios; entran en la iglesia cuando la ocasión se presenta; pero con excepción de la Pascua y quizás de Navidad, ya no quieren hacer más.

Permítanme éstos decirles muy francamente que ese no es el espíritu de la Iglesia católica, y que sin quererlo resisten á la gracia de nuestro Señor, y contristan grandemente su amor.

En el Santísimo Sacramento, Jesucristo, verdadero Dios hecho Hombre, verdadero Hijo de Dios y de